

EL PORVENIR.

LA CIUDAD. (1)



ERRAN, á mi manera de ver, los que buscan en la familia el patron de la sociedad política.

La familia es un grupo formado no tanto por la libertad como por la necesidad; no tanto por el hombre como por la naturaleza. La naturaleza acopla al varon y á la hembra, la naturaleza los reproduce y la naturaleza les subordina los hijos. Surge allí espontánea y fatalmente la autoridad del padre, sin que haya quien la limite ni la discuta. La acepta la mujer por la inferioridad de su sexo. Así, en la familia, nada de igualdad de condiciones ni de reciprocidad de derechos: dispone el padre de personas y bienes, y segun las circunstancias aconseja ó manda, castiga ó premia.

¿Es ya la naturaleza la que reúne á los ciudadanos en la sociedad política? ¿es la sangre la que los mantiene unidos? ¿es una relacion necesaria de inferior á superior la que entre ellos engendra la autoridad y produce el Estado? En la ciudad, en el pueblo ¿no son por lo contrario iguales todos

(1) En este artículo desenvuelve nuestro distinguido colaborador Sr. Pi y Margall, lo que trata solo en compendio en un capítulo de su muy esperada obra, ya en prensa, titulada «*Las Nacionalidades*» (N. de la R.)

los hombres? ¿no son todos autónomos? Supongamos por un momento que en la ciudad se estableciese un absolutismo como el del padre. Allá, en la familia, lo temple el amor y lo encamina al bien de los gobernados: ¿que moderaría ni regiría aquí el poder sin límites del monarca? El monarca ¿admitiría además como el padre la obligación de alimentar, educar y amparar á sus súbditos?

La familia no es siquiera una sociedad en el riguroso sentido de la palabra. En vano han querido los códigos de ciertos pueblos darle este carácter, ya reduciendo á la categoría de contrato la union de los dos sexos, ya estableciendo garantías para los bienes de la mujer y llamándola á la participacion de las ganancias obtenidas durante el matrimonio. El marido sigue ejerciendo una autoridad omnímoda y disponiendo con entero albedrío, no solo de su propia hacienda y de los beneficios que obtiene, sino tambien de las rentas de su consorte y las de todos sus hijos. No está obligado á rendir cuentas á nadie ni á tolerar en nadie la inspeccion de sus actos, como por los muchos caudales que malverse no haya merecido el fallo de pródigo. La mujer por otro lado, no puede reclamar su parte en las ganancias sino despues de disuelto el matrimonio, y aun entonces ha de limitar su accion á las que resten siquiera se hayan disipado las más en escándalos y vicios ¿Puede ser sociedad un grupo donde asi se anulen ante un individuo los demás individuos; donde uno solo dirija y administre y mande, sin que los demás tengan derecho ni á discutirle, ni á intervenirle ni á exigirle cuentas?

No, la familia no es una sociedad, porque la sociedad solo es posible entre personalidades ya formadas, y la familia tiene precisamente por objeto formarlas. Personalidad se dirá que es la mujer; pero no se la ha reconocido tal en ningun tiempo. Todas las sociedades la han puesto bajo la perpetua tutela del hombre: hoy bajo la del padre, mañana bajo la del marido. No le han permitido jamás que comparta la potestad del esposo: se la han concedido, y no todas, para despues de viuda. Casada, la han tenido solo como una compañera del hombre, como instrumento y auxiliar para llenar el fin de la familia. Y no se crea que esta haya sido obra de las leyes. Las leyes le han mejorado la condicion

léjos de agravársela. Cuanto menos culto es un pueblo, tanto mas vive la mujer bajo el dominio del hombre.

En la familia no hay mas personalidad que el padre, y de aquí que este ejerza sobre los demás una autoridad absoluta. ¿Dejará el padre de ser una personalidad porque pase á formar parte de un pueblo? En un pueblo, que es una reunion de familias, ha de haber por lo menos tantas personalidades como padres. ¿Por donde buscar en la organizacion de la familia la de la sociedad política? Cuando no hay analogia alguna entre los dos grupos, es á mis ojos hasta insensato buscar en el uno el modelo del otro y quererlos someter á unas mismas instituciones y reglas. Es para mí tan insensato, como si se buscara la forma de gobierno de los pueblos en la manera como se unen y combinan en los seres animados las células, en los inanimados las moléculas.

Los caractéres de la familia se reproducen solo en la tribu, que es, por decirlo así, la dilatacion de la familia misma. La verdadera tribu no es efectivamente un conjunto de familias como el pueblo, sino una série de generaciones y entronques de una familia sola. Tiene así en ella la autoridad, el mismo origen y casi la misma fuerza, la modera el mismo sentimiento, se la conserva por los mismos medios, carece asimismo de límites. Algo la modifica la multiplicidad de hogares y de personalidades; pero no hasta el punto de que le altere las condiciones esenciales. Sobre la autoridad del padre, se levanta naturalmente la del abuelo, la del comun progénito, la del patriarca.

En la ciudad, compuesta de familias ó tribus que no enlaza la sangre, esto es completamente imposible. Así, con querer reproducir en ella la constitucion de la familia, no se organiza mas que mónstruos. Por ahí se va á esas monarquías despóticas que hacen de las naciones rebaños ó las convierten en ejércitos destinados solo á satisfacer la ambicion y los antojos del que las manda; por ahí á esas autocracias vergonzosas donde libertad, decoro, moralidad, justicia, todo naufraga y desaparece en el mar de la servidumbre. La ciudad y la familia, son no solo distintas sino en cierto modo antagónicas. Diverso es para las dos el teatro, diversas las manifestaciones, diverso el alcance, diversos los destinos.

Pero fijémonos ya en la ciudad y empecemos por examinar su origen. Se le ve generalmente en la necesidad de la comun defensa. Los hombres, se dice, hubieron de reunirse en pueblos para escudar contra ajenas invasiones la propiedad y la vida. Si así fuese, es evidente que no habrían dejado de formar ciudad en siglo alguno ni en parte alguna del mundo. Hoy mismo en Africa y en Oceania los hay que viven en completo aislamiento. Los hay, y es mas, que ni aun por el contacto de pueblos cultos abandonan la vida salvaje. Llegan á formar tribus, no ciudades. A ser cierta la teoría, la necesidad de la comun defensa hubiera por otra parte congregado no solo á los hombres en pueblos; sino tambien á los pueblos en naciones y á las naciones en imperios. Las sociedades se habrían ensanchado á proporcion del peligro. Nada de esto sucedió, por ejemplo, cuando las guerras de Cartago y Roma. Hubo cuando más ligas parciales en las comarcas invadidas. No solo no se constituyeron en cuerpo de nacion los pueblos de cada comarca; no se unieron ni aun para el solo acto de rechazar el enemigo. Testigos Italia, España, las Galias, Germania, Grecia.

¿Contra que agresiones se habia ademas de asociar el hombre? ¿Contra las de otro individuo? Habria confiado en sus propias fuerzas. Contra las de otra familia ú otra tribu? Habria confiado en la suya. ¿Contra las de un pueblo? Caemos entonces en una verdadera peticion de principio. ¿Cual habria sido el origen de este pueblo? ¿Lo habria sido el espíritu de agresion en vez de la necesidad de la comun defensa? ¡Ah! desgraciadamente el hombre ha llevado á las sociedades ese espíritu de violencia y de combate. Organizada la ciudad, ha nacido la guerra entre ciudades; organizada la nacion, entre naciones. A la guerra, tanto por lo menos como á la defensa, podria atribuirse el nacimiento de los pueblos si no lo impidiera el ejemplo de los salvajes de hoy y los de todos los tiempos.

Para descubrir el origen de los pueblos, no es necesario entrar en hipótesis ni remontarse á los primeros siglos de nuestra existencia; basta indagar porque hay aun, como se ha dicho, millares de hombres ajenos á toda vida política. Sienten estas pocas necesidades y hallan en la naturaleza so-

brados medios de satisfacerlas: fruta y caza de que coman, rios y arroyos de que beban, hojas ó pieles de que segun el clima se cubran, árboles y plantas de que se construyan un albergue. En su misma familia ó en su tribu, tienen con quien acallar sus apetitos y esplayar sus sentimientos: y como nada ó muy poco les despierte y avive la inteligencia, no conocen siquiera ese afan por instruirnos que tanto nos lleva á codiciar el trato de nuevas gentes. ¿Qué les ha de inducir á buscar la compañía de otros hombres ni á trocar sus hábitos de independendencia por la disciplina que toda sociedad exige? Aun llegando á cierto grado de cultura, no forman ciudad si pueden por sí ó sus hijos labrar el campo y ejercer las sencillas industrias que sus necesidades reclaman.

Solo por el estímulo de la necesidad se mueve el hombre y se desarrolla; solo por él se presta á enlazar su vida y su suerte con la de personas estrañas á su familia. Que no sienta necesidades superiores á sus fuerzas, no se espere que salga de su aislamiento. ¿Se esplicaria de otro modo el hecho, ya indicado, de seguir razas enteras en el estado salvaje, aun siglos despues de ocupado por un pueblo culto el país en que viven? No experimentan necesidades que no puedan satisfacer sin trabajo en sus montañas, y miran con odio ó con desprecio á sus dominadores. Tienen algunos un principio de organizacion en sus caciques; pero distan de haber llegado á la sociedad política.

¿Que es pues lo que acerca familias y tribus no ligadas por la sangre las reune en ciudades? Solo el cambio. La necesidad del cambio las acerca, la comodidad del cambio las reune. Llega un dia en que una familia ó una tribu no bastándose ya para los trabajos que su vida exige, implora el auxilio de otra familia bajo promesa de dársele á su vez. Se establece desde luego entre las dos, el cambio de servicios; á poco el de productos. Nace de aquí la division del trabajo, el desarrollo de las diversas potencias y aptitudes del alma, la creacion de nuevas necesidades, el movimiento, el progreso. Entran luego en el cambio otras familias; multiplican sus relaciones, y esa misma frecuencia en el trato las lleva á reunir sus hogares y á formar grupo. Este es el verdadero origen de los pueblos.

¡El cambio origen y base de las sociedades! exclamarán tal vez algunos. El cambio, si, el cambio. Supóngasele suprimido y véase si al punto no quedaría la sociedad disuelta y el hombre sin medios de subsistencia. Supóngase por lo contrario suprimidas la religion, la política, las leyes, los tribunales, todo menos el cambio y véase si no seguiría aun el hombre viviendo y la sociedad, aunque profundamente conturbada, marchando. El mismo cambio iría poco á poco restableciendo los tribunales, las leyes, la política, la religion misma ó algo que á religion se pareciese. Porque ¿quien sino el cambio ha dado nacimiento y vida á las instituciones sociales? Por el cambio, ha llegado el hombre á la idea y á la necesidad de la justicia que han sido el fundamento de la política y el origen de las leyes; por el cambio, á esa mancomunidad de ideas y de sentimientos sin la cual habrían sido imposibles la religion y el culto.

Pasma á la verdad que esto pueda ser materia de escándalo. No opinaron de otro modo los grandes maestros de la Antigüedad, aun hoy objeto de general aplauso. Sócrates, Platon, Aristóteles hablaban del origen puramente económico de las sociedades, como de cosa que no permitia duda. Tomaban en cuenta la natural sociabilidad del hombre; pero solo como es, como una virtualidad que necesita de un hecho exterior para realizarse. Para ellos como para mí, este hecho era el cambio de servicios y de productos.

Reunidas las familias surge al punto el Estado. Necesita desde luego la nueva sociedad, de alguien que vele por ella y determine las condiciones de dicho cambio. Este alguien es el Estado, que ni es de creacion meramente convencional, como algunos entienden, ni, como creen otros, una institucion pasajera destinada á morir cuando los pueblos lleguen á la plenitud de su vida. Surge el Estado en la ciudad, quieran ó no los que la compongan, y le es tan inherente y esencial que va con ella de la cuna al sepulcro. Inútil de todo punto empeñarse en concebir sin él las sociedades. Como sin organismo no hay ser viviente, sin Estado no hay ciudad, porque el Estado es su verdadero organismo.

¿Es, sin embargo, el Estado superior á la sociedad? Tanto valdria, en mi opinion, preguntar si lo es el organismo al

ser de que es instrumento. El padre lo es á la familia, porque no solo es el órgano sino tambien el pensamiento y la vida de la familia misma, y no hay, como he dicho, en ella quien no le esté debajo por la minoridad ó el sexo. No puede serlo á la sociedad el Estado, compuesto, cualquiera que sea la forma de su constitucion, de personalidades que, como hombres no valen mas que el último de los ciudadanos, y en inteligencia, en voluntad, en fuerza tienen no ya quien los iguale sino quien los supere. El Estado, lejos de ser la vida y el pensamiento de la sociedad, de la sociedad vive y recibe todas sus ideas: ¿á título de qué habria de ser superior al pueblo?

Asi el Estado no es por su naturaleza absoluto. Tiene limitada su autoridad por la autonomia de los ciudadanos, que son además autócratas en el seno de sus familias. No la puede ejercer en la razon del hombre ni penetrar en el recinto del hogar doméstico. Gobierna solo nuestra vida de relacion y la de la sociedad como ser colectivo. No por esto se crea que haya de moverse en estrecho círculo. Abraza para el régimen de las dos, todas las esferas del derecho. El cambio, los lazos que nos hayan de unir á la tierra que beneficiemos, nuestros deberes para con la sociedad, caen de lleno bajo su dominio. La conservacion, la defensa y la representacion de la ciudad; son de su competencia. Lo es, su propia organizacion y la manera de llenar sus diversos fines. Y qué, ¿pierde el Estado en grandeza porque no pueda llevar la mano al santuario de la familia ni al de la conciencia? Donde empezára la vida de la ciudad alli habia de empezar naturalmente la del Estado, y la de la ciudad ya hemos visto que empieza por la *relacion* que el cambio establece entre los hombres.

Quizá no falte quien extrañe que al hablar de la ciudad me ocupe ya en el Estado, cuando no suele tenerse por tal sino el organismo de las naciones. El error estará en no considerar como nacion la ciudad misma. La ciudad, en un principio, es un todo independiente, una colectividad tan completa y autónoma como lo era antes la familia: tiene su organismo propio y por lo tanto su Estado. Nos lo dicen en la Antigüedad las muchas ciudades que se levantaron y florecieron al Occidente de Asia y al Oriente de Europa; en

los tiempos modernos, las que se fueron estableciendo al Norte de América y sirvieron de núcleo á muchas de las provincias de la república de Washington. Son las ciudades naciones; y muchas como hemos visto, permanecieron tales durante siglos. Así, todas tuvieron su Estado y algunas tan perfecto que sirvió de modelo á diversas y muy apartadas gentes.

No parecen haberlo sido en todas partes, pero en todas partes lo fueron. Importa poco que ya en los primeros siglos de la Historia, veamos formadas vastas y poderosas monarquías, y á las ciudades siendo parte insignificante de una nacion, en vez de ser naciones: ¿nos dice acaso la Historia como se formaron y crecieron tan dilatados imperios? La Historia no ha podido nacer sino despues de las lenguas, el alfabeto, la escritura y un grado de civilizacion tal, que se sintiera la necesidad de buscar en lo pasado la norma de lo presente, y guardar lo presente para guia de lo futuro: ¡que de mudanzas y revoluciones no hubieron de experimentar los pueblos, antes no pudiera la Historia recogerlas y consignarlas!

Lo de notar es, que donde quiera que haya podido asistir la Historia á la formacion de las naciones, ha visto ante todo la nacion en la ciudad, lo mismo en los paises cultos que en los bárbaros. Y ¿como nó, si la razon nos dice que no podia ser de otra manera? ¿Son acaso ni las naciones de hoy ni las de ayer, seres individuos que puedan surgir completos y armados, como decian que habia brotado Minerva de la cabeza de Júpiter?

F. PI Y MARGALL.



CONSIDERACIONES HISTORICO-SOCIALES.

TRADICION Y PROGRESO.

I.

Aclaraciones,

La confusion en las ideas, que responde á la impropia acepcion atribuida á las palabras, es uno de los caracteres mas gráficos de la época tormentosa que en ciencias morales y políticas, atravesamos.

España nos recuerda la Biblica Babel, precursora de la dispersion del género humano; de aquella gran descentralizacion universal, en que un pueblo, numeroso ya, antes de repartirse por el orbe como su interés natural le aconsejaba, se agrupó para acometer una empresa loca, simbolo de los absurdos esfuerzos centralizadores, hasta que el Señor, indignado de tanta necedad y soberbia, dijo: «Descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el language de su compañero.» (*Génesis. Cap. XI.*)

Hace mucho tiempo que, aplicando á la mayor parte de las cosas los nombres mas opuestos á su significado real, nos encontramos en una verdadera Babel.

Aquí, por ejemplo, se llama escuela moderada á la mas intemperante; radical, á un término medio; constitucional, á la que ninguna Constitucion defiende; absoluta á la que comprende muchos entusiastas por fueros, los mas liberales y democráticos que han existido en el mundo; y federalista, á la que trata, nó de romper, pero si de aflo-

jar lazos que considera demasiado apretados para la circulación de la sávia vivificadora en el organismo de las naciones.

¿Quién ha de entenderse de este modo, y especialmente en el campo de la ciencia histórica?

El uso, mas poderoso que la lógica en el lenguaje, ha sancionado estas denominaciones imprópias, y vano sería nuestro propósito si intentásemos variarlas.

Tenemos que respetar forzosamente las palabras; pero podemos y debemos examinar y aclarar las cosas que han venido á representar, bien ó mal, por el uso.

De todas ellas, las voces *Tradición* y *Progreso* son las que con preferencia interesa analizar y explicar; porque vulgarmente responden á ideas antitéticas, cuando en España nada existe mas armónico, nada mas intimamente hermanado, que nuestros recuerdos históricos mas nacionales y nuestras aspiraciones mas avanzadas.

El glorioso ayer y el amado mañana de nuestra hoy desventurada pátria, se hallan separados por un largo día sin sol; por una noche que ha durado siglos.

Tan prolongada oscuridad ha confundido, entre las lóbregas tinieblas de la ignorancia, las nociones de libertad, democracia dignidad y progreso, que brillan con deslumbrante fulgor en nuestros anales.

España ayudó, con sus tesoros y su sangre, al insensato proyecto de otra soberbia Babel, y fué tambien castigada de la misma manera.

Los sueños de *Monarquía Universal*, le predominio absoluto sobre los demás pueblos; las torpezas y los crímenes cometidos con tal propósito, no podían quedar impunes ante las inflexibles leyes de la naturaleza moral.

Cierto que aquellos sueños, ambiciones, crímenes y torpezas, no nacieron del honrado y laborioso pueblo: fueron abortos fatales de extranjeras dinastías; delirios y desvaríos de Carlos y de Felipes; de reyes desvanecidos al resplandor de la gloria de un gran pueblo que no merecieron, colocado por el azar bajo su cetro, y al que solo supieron despeñar, rapidamente, por los abismos de la decadencia.

Pero tal es la ley severa é ineludible de la historia, para los pueblos que se someten á la absoluta autoridad uniper-

sonal: comparecer por esta inmensa falta, como solidarios de sus Señores, al sonar en el reloj de los siglos la hora tremenda de las responsabilidades colectivas.

La anarquía intelectual y filológica en que nos hallamos sumidos; la confusión que nos domina, son un castigo natural y justo; una calamidad nacida lógicamente de la historia.

Pero ¿no podrá intentarse nada, á la luz de la ciencia y en desagravio de la justicia, para disminuir el rigor de esta merecida pena, tendiendo á poner un límite á las desventuras de la patria?

¡Ah! ¡Si! ¡No cabe duda! La observación fría é imparcial, el análisis de los hechos bajo los puntos de vista histórico y sociológico, nos demuestra que España ha empezado á conocer sus faltas y el origen de sus desdichas presentes. Su arrepentimiento borra las primeras: su esfuerzo generoso la librará de las últimas.

Entretanto para allanar el camino, procuremos siquiera establecer algún orden en las ideas fundamentales.

II.

Influencia de la Revolución francesa en España.

El trascendental acontecimiento de la Revolución francesa, que conmovió la Europa, no podía menos de ejercer grande influencia en nación tan vecina como la nuestra.

Aquella magnífica epopeya, con sus heroísmos y sus miserias, con sus virtudes y sus crímenes, resplandeciente de gloria y manchada de sangre inocente y generosa; sublimada por el amor á la libertad y deshonrada por el culto práctico de la tiranía, levantó sobre sus altares, como ídolo preeminente, la *igualdad*.

Más tarde, cuando calmada la efervescencia republicana, y la fiebre de la restauración, se apoderó de los destinos de la Francia, la monarquía-constitucional, para alhagar el sentimiento público, para presentarse como pacífica continuadora de la revolución, escribió en su bandera la misma palabra simpática y fascinadora, hasta

el punto de que, sobre el trono el representante de la *casi-legitimidad*, se le designaba aun, con el nombre de *Felipe Egalité*.

Esta preferencia á la *igualdad*, antepuesta á la *libertad* y *fraternidad*, observada constantemente en las revoluciones modernas, ha sido causa de funestos efectos.

Lleva en su cortejo la fria uniformidad y la centralizacion asfixiante.

Mucho seduce, mucho conmueve á los pueblos la palabra *¡Igualdad!*

En ella ven el mejoramiento de sus condiciones materiales á la par que la satisfaccion de las exigencias de su dignidad, de su amor propio y hasta de sus ódios, circundado todo ello con la aureola de la justicia.

Por eso la palabra *¡Igualdad!* ha sido, es y será tan explotada, como apellido de batalla.

Nosotros entusiastas partidarios de la escuela científica que proclama la igualdad de derechos y deberes, la igualdad justa, racional y posible, no tememos declarar que en el abusivo sentido de la nocion de *igualdad*, consisten muchos errores y, quizás, la causa principal de haber corrido un período reciente de reformas sociales fuera de su cauce natural y lógico.

Nada conduce tan fatalmente á la servidumbre, como el culto inconsciente de la igualdad; porque nada existe que aniquile mas pronto las fuerzas vivas del individuo y de los organismos naturales, políticos y sociales, que la uniformidad en las instituciones y la centralizacion de los poderes públicos; hijas necesarias, una y otra, de la igualdad mal comprendida.

Cuantos seres pueblan el universo, en sus distintos órdenes, son *iguales* ante las leyes generales de la naturaleza; pero los reinos, especies, géneros, familias, variedades á individuos son *diferentes* y se rigen por leyes propias y peculiares.

La unidad en la variedad, ley general del mundo, no puede menos de regir en el orden social, ó faltaria la armonía universal de la naturaleza: los que combaten aquella se revelan contra esta.

Pues bien; á esta unidad en la variedad se oponen com-

pletamente, lo mismo que los partidarios de la autoridad absoluta, los que defienden el absolutismo de la igualdad.

El culto de esta igualdad, niveladora hasta el absurdo, condujo á la Revolucion francesa á despedazar las provincias de la patria; á arrancarlas hasta sus nombres; á fundir en un mismo molde administrativo todos los municipios: á atacar á la Iglesia, imponiéndola una constitucion civil y unos juramentos repugnantes á su libertad, á su independencia y á la conciencia de sus miembros docentes; á subordinar la justicia misma á la administracion.

De aqui, la centralizacion absorbente que caracterizó á la República francesa; de aquí, que los derechos individuales, proclamados en la Constitucion de 1791, quedaron completamente indefensos, sin resistencia posible ante la omnipotencia del gobierno central, sin más garantía que el triste, peligroso y último recurso, del derecho de insurreccion; de aquí, la facilidad con que se entronizó la tiranía de la Convencion, primero, y el cesarismo de Napoleon, mas tarde; de aquí esa alternativa de libertad y despotismo, de democracia y cesarismo, de repúblicas y golpes de Estado; de aquí en fin, que, á pesar de las pretensiones orgullosas de la Francia y de sus pujos de marchar á la cabeza de la civilizacion y del liberalismo en Europa, exista en sus entrañas el virus del despotismo.

Cuando la Francia pudo reflexionar sobre las dolorosas experiencias de la Convencion y del primer Imperio, empezó á echar de menos las libertades municipales y provinciales; durante la Restauracion sirvieron estas de arma de oposicion, alternativamente, á realistas y liberales, y tanto camino hicieron las teorías descentralizadoras en la opinion pública, que la Revolucion de 1830 estalló con motivo de un proyecto de ley sobre franquicias de las provincias y de los pueblos.

Triunfante la libertad en aquel movimiento, sus consecuencias no correspondieron, sino con desconfianza y timidez, á los compromisos contraidos; y, promulgada segunda vez la República en 1848, se disponia la Francia á entrar en el buen camino descentralizador, cuando el golpe de Estado vino á interrumpir unos conatos, que tampoco han adelantado gran cosa durante la presente y tercera época republicana.

No nos proponemos hacer, en tan pocas palabras, la crítica completa de la Revolución francesa. Defienden algunos que este espíritu de centralización fué necesario para su existencia nacional, tan rudamente combatida á principios del siglo, y que lo es todavía para conjurar peligros análogos de un porvenir próximo; aunque no participemos de esta opinion, la consignamos imparcialmente.

Nuestro objeto se limita á registrar el *hecho* de que las consecuencias inmediatas de la Revolución francesa, han sido fatales para la vida del municipio y de la provincia, y que, despues de un siglo de sangrientas perturbaciones, han quedado indefensos y desamparados, en la práctica realidad, los derechos del hombre por esa misma Revolución proclamados.

Este *hecho* trascendental, ha tenido su resonancia en la historia de nuestras agitaciones modernas; con la diferencia favorable para el porvenir de España, de que siendo nuestras antiguas tradiciones municipales y provinciales, mas liberales, arraigadas y gloriosas que las de la nacion francesa, el salvador espíritu regional y local se ha mantenido latente, y en algunas comarcas manifiesto, durante los períodos más aciagos de nuestra historia moderna; por cuya razon ha de ostentarse poderoso, cualquiera que sea la naturaleza de las fuerzas que quieran oponérsele. y tanto mas incontrastable cuanto mas tardío, puesto que debe aunar, lógicamente, sin abdicaciones ni humillaciones, para el fin comun y principal de reivindicar libertades provinciales y municipales en la esfera de la razon y del derecho, los esfuerzos legítimos de esas numerosas masas que, teniendo quizás en el fondo, aspiraciones. en unos puntos idénticas y en otros posibles de conciliar, se han batido hasta ahora, entre sí, como leones, en los campos de batalla, despedazando las entrañas de la pátria.

SERAFIN OLAVE.

(Continuará).



ESTUDIO SOBRE LA GUERRA. (*)

INTRODUCCION.



Allamar la atención de las inteligencias, sobre ese hecho que, cual la vida misma, se encuentra en todas partes, invadiendo por completo la inmensidad del Universo, el ánimo siente vacilaciones difíciles de explicar. La guerra aparece por sí misma, imponiéndose cómo fenómeno sin comprensión posible, que la razón rechaza y acepta por instinto; que combate la esencia misma del espíritu y públicamente lo declara; que se somete á las exigencias todas del Derecho, que la Historia ha visto siempre á través de las generaciones y los siglos; abrupto unas veces; previsto otras; que se anida en las sociedades para deducir su elemento progresivo destruyendo civilizaciones y razas, borrando hasta el recuerdo de la existencia de los pueblos, para levantar luego de los elementos anteriores nuevas ideas, nuevos hechos, nacionalidades tal vez, y que, en fin, es la pesadilla eterna, la *suprema ratio* de la Humanidad. ¿Qué pensar de esa envolvente contradicción que en sí misma y á un tiempo, afirma y niega, crea y destruye, ciega é ilumina?

Vana ha sido la moderación que predicaran ciertas reli-

(*) Este estudio comprenderá las partes siguientes: Introducción.—Definición y concepto de la Guerra.—Aspectos que la Guerra ha revestido en los distintos períodos de la Historia de la Humanidad y su influencia en la civilización de los pueblos.—Consideración especial de las llamadas Guerra ofensiva y defensiva.—Tratados internacionales relativos á la Guerra.—Conclusión.

giones positivas, el saludable influjo de las escuelas filosóficas, ni los preceptos mismos de la Ley natural. La guerra se ha abierto anchuroso camino, invadiéndolo todo, avasallando la razón y oprimiendo la voluntad. A la manera de las ideas progresivas que constituyen la inteligencia histórica del hombre, se ha transformado, pero nada más. Los siglos han dado á la guerra su ropage, pero no la han destruido. Si los tiempos son místicos, es la guerra la razón diferencial de los dioses; si teocráticos, el hombre la hace invocando á Dios, y por último, si se ha sostenido cualquier principio humano, en sus aras han muerto los hombres á millares.

Empero al considerar esa lucha insaciable que forma la vida del hombre, envuelto por ella en mar sin orillas, de oleaje imponente, como torbellinos que arrebatan el huracán sin tregua y sin reposo, asoma siempre la idea de un hecho compensador. No cabe negarlo; todas las ventajas, los beneficios todos que son el patrimonio de las modernas sociedades, han nacido al calor de las guerras que han asolado á los pueblos. A la guerra fué debido el conocimiento recíproco de las agrupaciones de los hombres primitivos y aún la fusión de sus respectivos intereses; ella, al verificarse una invasión en tiempos remotísimos sobre desconocidas comarcas, produjo, sin saberlo, los gérmenes de la civilización, el enlace de relaciones, los primeros inventos, las rudimentarias nociones de religión, derecho, moral, ciencia y arte.

Aún la Historia no ha modelado por completo la fisonomía de la edad primera; ni conoce bien claramente el proceso de la vida primitiva, pero desde luego, encuentra á su disposición materiales, datos irrecusables, que prueban indelebles, la existencia de sangrientas relaciones. Esas edades no reconocidas todavía con distinción bastante para probar su abolengo, han dejado al estudio de los tiempos posteriores, las armas de aquellos desconocidos combatientes.

Y con regularidad aterradora han desfilado ante la Historia los siglos todos, y con ellos los pueblos que fueron, marcando en su camino rojos monumentos formados por la destrucción y la matanza.

El Oriente asiste á la primera edad, y no obstante buscar afanoso el cumplimiento del fin humano en sus incomprendibles teologías, engendradoras de austeridad y olvido de intereses terrenos, halla energía entre los Indos, para rechazar la invasión de los soldados de Alejandro. Los preceptos de la creencia brahmánica fueron menos potentes que la eficacia de las armas. Guerras tenaces entre todos los pueblos asiáticos, que se mezclaban en tremenda servidumbre, cómo no es posible concebirla ya, dieron por resultado marcar con claridad los límites geográficos en grandes territorios, introducir conocimientos de otros países y difundir luces donde reinaba la oscuridad. Razas pujantes se dedicaron á las exploraciones y aventuras, penetrando en los continentes, siguiendo el curso de los ríos. y cruzando mares, sentaron los cimientos de nuevos y más eficaces medios que pusiesen de manifiesto la enérgica iniciativa del hombre. A esas empresas de los Arios suceden otras y aparecen en la escena del mundo los Egipcios, los Medos, Persas, Asirios, Babilonios, el pueblo de Israel, los Tártaros y Chinos, los Escitas y los pueblos desconocidos de los Celtas. Más tarde los restos de cien pueblos tuvieron un génio extraordinario á su cabeza y brotó una civilización nueva. Así avanzando en la série de los tiempos, se llevan á término venturoso los imposibles de las edades precedentes y llega un instante en que un pueblo representante, por su genialidad, de la síntesis de las aspiraciones humanas, se lanza con temeridad inconcebible al Occidente de la tierra y une el mundo conocido á ignorados continentes. Ya los mares enseñan el camino de la prosperidad y se dá la vuelta al mundo, sin que tamaños sucesos indiquen sinó el punto de partida de otros más inauditos todavía.

El prodigio es un hecho, sin que la duda quebrante la evidencia, llevado siempre adelante por la lucha. Los hombres que dieron ese contingente de vida á nuestros tiempos, emplearon la guerra cómo medio. Obramos de igual suerte á nuestra vez. La paz se presenta en la Historia cómo la pausa, el momentáneo reposo que necesita el atleta siempre pronto á volver á la pelea.

Más el abuso de nuestras facultades, tal vez derivado de

su insuficiente conocimiento, llevó á este órden de la vida el exceso de medios de aplicacion. Y segun el prejuicio dominante en cada siglo, ora fuese la idea religiosa, ora la jurídica, tan pronto la supremacia teocrática, cómo la idea del Estado, el predominio de clase, el principio democrático ó aristocrático, la série de corrientes, en fin, que llevan á las sociedades desde su constitucion primera hasta sus últimas ignoradas evoluciones, en todas ellas, por excepcion se atendió cómo debiera la voz de la razon ó el sentido recto de la justicia.

Amargura sin término embarga el ánimo la consideracion de los esfuerzos que, en todos tiempos, génios eminentes hicieron por mejorar la condicion social de los hombres. Cada ventaja obtenida se vió paralizada inmediatamente despues, por la exaltacion de los principios que con pureza indicaron ó señalaron, conduciendo á lo negativo ó contraproducente. Se sueña en el ideal; por alcanzarle se han transformado las naciones numerosas veces, empero el espíritu de la reforma se anonada ante la pesadumbre inmensa de la tradicion y de sus hechos. Porque el hecho ha vivido siempre al lado del Derecho y casi siempre se ha sobrepuesto á este. Tal es la verdad. ¿De qué ha servido la aparicion en la escena del mundo, de esas inteligencias superiores dedicadas á la mision sublime de enlazar á los hombres todos por el amor y la fraternidad? ¿De qué, si al lado de un principio expansivo, aparecia la interpretacion restrictiva ó la exclusion sin misericordia? ¿Qué importa que el Asia tuviera un dia á Brahma que llamaba á los hombres á confundirse en la divinidad por él soñada, llevando á cabo el dogma con ascetismo imposible, si aquella sociedad dividia á sus miembros en clases distintas con separaciones infranqueables entre sí y colocaba á los extranjeros fuera de sus castas? ¿Qué principio trascendental encerró el masdeismo de Zoroastro, si aquel espíritu de la luz proyectaba negras tinieblas que habian de batallar hasta el fin, presentando en poesia incomparable la vida, el movimiento, la evolucion incesante del bien que representaba Ormuzd, neutralizado por el turbulento y sombrío emblema del mal, en Arimanes? La sublime personificacion de la batalla que en el mundo universo libran el sér y no sér relativos,

degeneró en las abyectas y ridículas supersticiones del magismo. ¿Qué presentará en su defensa la ciencia religiosa de los Egipcios, pretendiendo retener en su seno el *summum* de la verdad absoluta, si apartó á la casi totalidad del pueblo, de la provechosa iniciación de sus misterios científicos, petrificándose, momificándose, encerrándose en sus piramidales criptas, paralizando á fuerza de atormentar el juicio, la energía del entendimiento humano, sin descifrar sus extraños geroglíficos? Sus esfinges y los símbolos de sus dioses, ¿pudieron otra cosa que contemplar el curso del río sagrado y misterioso, viéndole morir triste á través de las abrasadas arenas del desierto líbico? Moisés, presentando á la Historia las tribus de Israel, la familia predilecta de Jeovah, mandataria de sus altos designios en la tierra, desde el génesis mismo de los tiempos y la única capaz de conocer sus atributos, al ajustar los actos todos de la vida en el Testamento antiguo, ¿qué hizo, sinó un molde estrechísimo en el que por fuerza se ahogaron los pueblos ántes libres, felices y prósperos, que destruyó en la tierra prometida la espada de Josué? ¿no iniciaron para el misticismo de la conciencia religiosa la época mesiánica, y al tener lugar su lógica deducción renegaron del hecho en nombre del principio mismo? ¿Qué orden armónico desarrollaban en sí mismas las constituciones de los pueblos griego y romano, en nombre de la libertad, si llamaban bárbaros á los que no gozaban del derecho de ciudadanía? Mahoma, que levantó las dispersas y decadentes tribus de la Arabia, trayéndolas á una vida activa, ¿no señaló el paraíso á sus adeptos, á condición de llevar el alfanje ensangrentado, símbolo de muerte para los que no pensasen cómo ellos? El pueblo de Odin ¿reconocía otro principio que la guerra, afirmando el individualismo dentro de la sociedad?

JULIO DOMINGO BAZAN.

(*Se continuará*).



REFLEXIONES SUPERFICIALES

SOBRE LA SOCIEDAD ITALIANA.

(Continuacion.) (1)

PISA, Enero de 1877.

II.

CREO, querido amigo, que terminé mi anterior hablando de la imposibilidad, al reconstituirse Italia, de plantear la *federacion* sin derribar primero los gobiernos absolutos que existian, legitimar la gran entidad territorial, y formar el sentimiento patrio que ha de dar aquella unidad en la variedad (que hace años tenemos de hecho en nuestro país), indispensable para fundar sólidamente la perfecta forma de gobierno que disfrutaban la Suiza y los Estados-Unidos.

Mas como apenas lo recuerdo y ya le dije que no debia V. esperar de mí nada que tuviese piés ni cabeza, no me culpe si recibe un mónstruo como el que describe Horacio en su famosa «Carta» á los Pisones. Cabalmente la seducion que esto tiene para mí, es que puedo empezar, seguir y terminar mis observaciones, como se me antoje ó me haga mas gracia.

Así, déjeme V. decirle ante todo, que últimamente he leído en los diarios una cosa que viene de molde para confirmar la impresion que me ha causado la sociedad italiana, vista hasta superficialmente. Preguntado lord Salis-

(1) Véase el número anterior.

bury en Alemania, por un redactor de la «Gaceta de Colonia,» sobre la actitud que tomaría Italia en el caso de un conflicto oriental, contestó sonriendo, «que una actitud muy juiciosa; porqué además de tener mucha costa y poca marina de guerra, debia andar muy ocupada en sus cuestiones interiores, que eran muchas y gravísimas.» Cuando un hombre tan caracterizado en la diplomacia habla así, supongo que tendrá razones mas fundadas que yo para hablar del mismo modo. Ahora calcule V. si esta pobre Italia estará enferma. Una de sus dolencias más tristes es la centralizacion política que ha de sufrir, á pesar de tener un carácter tan municipal. Si los gobernantes hubiesen sabido casar los intereses nacionales con los locales, le hubieran dado mucho movimiento. No supieron hacerlo, impusieron la centralizacion, y han paralizado el desarrollo de sus fuerzas. Asi es, que no puede Vd. imaginar el contraste que hace ver tanta fisonomia local, tanto carácter, tanta especialidad, con tan poco movimiento general en todos los ramos. Bolonia, Pisa y Parma tienen tanto carácter como Barcelona, á pesar de lo cual parecen tres cementerios El mismo movimiento de Milan, de Venecia y Florencia es inferior á la fisonomía original de cada una.

Pero estos italianos, sin dejar de querer á la nacion, se conservan fieles á su campanario. Veria Vd. en todas las ciudades monumentos á sus hijos ilustres y á los de la nacion. En algunas partes, la celebridad local á quien se levanta una estatua es de una importancia muy discutible. No importa. La ciudad quiere rivalizar con otras, y enseñar sus héroes y grandes hombres, aunque estos tengan las orejas demasiado largas. En todas las ciudades importantes donde he estado, creo que hay monumentos á Cavour. Pero les hacen frente otros monumentos á la gloria de la localidad. A mí me parece que está muy bien. No puede enlazarse mejor la pasion nacional con la municipal.

Este dualismo se ve tambien de otros modos. La gente, donde hay un dialecto especial, lo usa prescindiendo del italiano. En Milan y Parma se habla lombardo, en Venecia veneciano, en Génova genovés, en Roma, Florencia, Pisa y Bolonia toscano, y en Nápoles napolitano. Me dijeron que esas divergencias empezaban á perderse. Pero no pude ob-

servarlo, y hasta me pareció dudoso. Tal vez lo equivoquen con el uso del italiano que se va generalizando, sin detrimento del idioma provincial. Ello parece que antes de la unidad italiana, la lengua toscana no sólo se usaba poco, sino que era poco conocida en Italia. La mayor parte de los italianos no sabían hablar italiano. Así he llegado á conocer la verdadera causa de lo que me pasaba á mí y aun me pasa á veces. No habiendo aprendido gramaticalmente la lengua, de tal modo la uso, que en abriendo la boca creo que todas las calderas de macarrones del país están bailando la tarantela de alegría. Pues no quedaba poco sorprendido de que me preguntasen si era italiano; y como no me hacía ilusiones sobre mi habilidad lingüística, lo atribuía á una mera cortesía. Después he visto que dimanaba de la gran variedad de acentos, de locuciones y de construcciones gramaticales, porque verdaderamente napolitano y lombardo hay, que en punto á destrozar el toscano podría hacer oposiciones conmigo, seguro de que sería muy difícil asegurar cual lo hace mejor.

Todas estas comarcas de lengua especial tienen su literatura, consistente en romances populares que se cantan acompañados de melodías locales. ¡Cuántas veces los he oído en Venecia, ya entrada la noche, al paso de una góndola silenciosa que se deslizaba con misterio por entre las aguas tranquilas y claroscuros! ¡cuántas veces los he oído también en las playas de la Marinella y de Guioja del golfo de Nápoles, mientras el Vesubio levantaba su incesante columna de humo, y el sol corría hácia poniente! Monótonos y tristes son los de Venecia, como canciones inspiradas por el mismo carácter de la ciudad: alegres y cómicos en Nápoles, donde todo convida á reír; donde la misma miseria y abyección parecen una broma de carnaval. Pero no creo que la influencia literaria de los dialectos pase de esto, y hasta dudo que tenga mucho valor poético. Los autores de algún mérito, han querido siempre trabajar para toda la Italia, quizá con la idea de formar la unidad literaria aun antes de que estuviese hecha la política. Si alguno ha compuesto algo en lengua provincial, debe de haber sido por excepción.

Una de las cosas que he visto mas descentralizadas en

este país, son las letras, pues desde las universidades hasta los editores, cada ciudad tiene la importancia de un centro. Pisa es una ciudad de 25000 habitantes á lo mas. Sin embargo posee una universidad. Lo mas curioso es que los alumnos se componen de jóvenes procedentes de Venecia, de Nápoles, de Milan, de Florencia y de la misma Roma. Terminado el curso, cada cual se vuelve á su tierra. ¿No hay universidades en estotras ciudades? Sin duda. Pues ahí verá Vd.: los chicos ó sus familias prefieren Pisa. Así es que esto huele algo á edad media. No se figure Vd. que esta ciudad sea muy seductora. Las chicas, bien es verdad que son guapillas, pero no son realmente ellas quienes hacen aquel milagro de atraccion... sino la fama de la universidad, es decir, la fama tradicional, no la positiva que hoy tenga. Los jóvenes se matriculan en Pisa, porque siempre se ha dicho que Pisa era una buena universidad. Es cierto que los pisanos lo aseguran á voz en cuello, diciendo con toda formalidad que quizá no hay otra en Italia tan lucida... Yo me guardaré bien de negarlo, porque ya le he dicho á Vd. que todas las opiniones que emitiese serian vagas ó superficiales. Así pues, no tengo inconveniente en que conste que, segun los pisanos, la universidad de acá es de las mejores del país.

Y á propósito de los pisanos, un hecho le contaré que revela, ó al menos indica, el espíritu local de los italianos. Pisa es una ciudad moderada que habia venido eligiendo siempre á un mismo diputado, perteneciente al partido conservador. En las últimas cortes el ministerio trató de suprimir por inútil y engorrosa esta universidad, fundándose en que bastaba la de Florencia para las necesidades de esta provincia que es tan antigua como la de aquella. Por desgracia el diputado pisano se adhirió al proyecto. De ahí gran escándalo en la ciudad, gran rumor, gran indignacion: su diputado les habia faltado, les habia entregado y vendido, cuando debia echar el resto para salvarles. Lo cierto es, que solo faltaba la desaparicion de la universidad para que Pisa quedara exánime. No sé como fué que la universidad se salvó, y Pisa continuó en pié. Los habitantes respiraron. Pero en las elecciones de ahora han pasado cuentas con el diputado, y no solo le han rechazado, sino

que se han hecho progresistas eligiendo al mismo presidente del ministerio. No se le ha querido perdonar al diputado traidor; y al echar el voto en la urna, parecia que cada elector entendia asestarle una estocada mortal.

Los libros y teatros no están menos descentralizados que las universidades. Los grandes editores italianos se hallan en Milan, Florencia, Roma y Nápoles, sin perjuicio de lo que se hace en Venecia, Génova, Turin y otras partes, donde siempre se imprime algo. Pueden citarse las tres primeras ciudades como centros principales. Los buenos editores tienen establecidas librerías sucursales en muchos puntos importantes del pais, de modo que se sirven mas bien de dependientes que de corresponsales, sin perjuicio de tener ambas cosas. Aquí no se consulta nunca si un libro ha aparecido en tal ó cual punto, y mucho menos en Roma; sino si es bueno ó tiene por autor á un hombre competente. Sucede tal vez que se imprime en Milan una obra, cuyo autor vive en Roma ó Florencia, y viceversa: nadie hace caso de esas particularidades. La literatura de Roma trata de igual á igual á la de cualquier otro punto. Asi es, que verá Vd. en los diarios de todos estos puntos, revistas de obras publicadas en otros, como cosa usada desde mucho tiempo. Este es otro buen efecto del espíritu local.

Las obras dramáticas, lo mismo da para su éxito nacional, que se estrenen en Nápoles, Venecia, Bolonia, Milan ó Pisa, que en la misma Roma. Si gustan la primera vez, dan la vuelta á toda la nacion, juzgándolas á su modo cada público. Tal drama ó comedia se echa por ejemplo en Bolonia, gusta, y despues de dos ó tres representaciones, desaparece de la escena local, porque ya no halla público; pero entonces aparece en Venecia, ó en Milan, ó en Florencia, Roma, etc. pues lo recorre todo, sin regla, ni norma tomándolo cada cual á su antojo. Tal vez un autor alcanza en el mejor teatro de Roma un triunfo, y no logra que le representen su obra los teatros de las otras principales ciudades hasta mucho tiempo despues, cuando esta ya ha viajado por los de las ciudades mas secundarias. Todos los periódicos siguen con mucho cuidado el movimiento del teatro nacional, dando cuenta del resultado de las primeras representaciones, cualquiera que haya sido, y donde

quiera que haya tenido lugar. Apenas hay un estreno en una ciudad cualquiera, llueven revistas en la mayor parte de diarios de las otras. Los diarios de mas significacion hasta suelen hacerse telegrafiar el resultado, cuando se trata de un autor algo importante y de una ciudad principal.

Me ha parecido que las obras musicales se hallaban mas centralizadas, aunque sin serlo enteramente; pues si Milan domina á las demás ciudades en este punto, no llega á absorverlas. Venecia, Roma, Florencia y Nápoles hacen lo que pueden para no quedar ofuscadas. El movimiento musical de Milan es verdaderamente notable. Un artista catalan, que me parece ha de ser, si no lo estropean, un baritono de mérito, me contaba la vida, miserias y milagros de toda la clase filarmónica. ¡Qué enredos, qué trabajos, qué subidas y caidas me descubrió! Se podria escribir un tomo con lo que me dijo. Lo que me hizo mas gracia de todo, fué llevarme á una casa donde oí á una *prima donna*... si, *prima donna*, mondando patatas muy tranquilamente. Despues me cantó un aria de la Lucia, acompañándola su marido al piano. ¡Qué rato tan divertido pasé! Es una de las cosas cómicas que me han hecho reir mas aquí.

Nadie se queje en Europa de que hay escasez de obras musicales, pues quizá existen en Milan diez mil partituras inéditas de dos ó tres mil Rossinis incomprendidos, y probablemente no menos incomprensibles. Allí, hacer una partitura es lo de menos; la dificultad está en cantarla. Mi paisano me enseñó un pobre *maestro* que se paseaba todo chamuscado y melancólico por la *Galeria*, de resultas de haber perdido 6000 pesetas en echar una ópera suya que fué silvada. El infeliz no comprendia el fracaso. La verdad es, que despues de haber empleado tanto dinero, que quizá ni era suyo, debian al menos aplaudirle para que hiciera los gastos. Pero si dicen que era una música infernal... En fin, créame Vd., la mejor representacion fué la que yo oí de aquella *prima donna* mondando patatas, despues de haber cantado ¡en el teatro de San Petersburgo! *Hei mihi!* podia exclamar: *quantum mutata ab illa!* Pero estas representaciones no se dan ya en el teatro de la *Scala*, aunque á veces hay que subir muchas escaleras para verlas. A mí no

se me hizo mucho el trabajo, y nunca hubiera dicho que cantando romanzas se aprendieran tantas habilidades. Después de esto ya no estrañará Vd. que no fuera al teatro de verano, que es el único que estaba abierto. ¿A qué ir? La antecedente ópera del feculento lo hundía todo, desde Beethoven hasta Offenbach. Yo creo que la misma Patti me hubiera hecho dormir cantando las mas airosas cosas de la Rossina del Barbero.

Puesto que me he metido en el capítulo de las producciones intelectuales, bueno será que no lo deje, sin decirle lo que he observado sobre la calidad de ellas. Todo será superficial, pero quizá por el hilo se sacará el ovillo, como Sancho Panza en la barca encantada sacaba que todavía no habian pasado el Ecuador, examinando la gente menuda que corria por la piel de su pecho. (Nota: esta imágen es detestable, pero confiese Vd. que no disuena con el resto de la carta). Ahora pues, volviendo á la produccion, le diré haber observado que materialmente se divide en dos partes, una popular á un precio baratísimo, y otra patricia á un coste excesivo. Las publicaciones populares se hallan comprendidas en unas bibliotecas ó series de obras, así llamadas, á 4 reales el tomo de 400 á 500 páginas. Estas series comprenden todas las obras clásicas de todas las lenguas antiguas y modernas, del tiempo gentil y de la era cristiana, desde la época más remota hasta hoy, con las obras mas populares de este siglo. Así, por 4 reales tiene Vd. lo mismo los «Novios» de Manzoni, que las «Historias» de Tácito. No hay país que no figure en estas grandes y económicas colecciones, viéndose á Cervantes al lado del Ariosto; á Hugo Foscolo junto á Homero; á Salustio al lado de Voltaire, y así de los demás.

En cambio las producciones, que yo llamo *patricias*, compuestas casi todas de obras actuales, son carísimas, habiendo tomo de 300 páginas que cuesta 8 pesetas. En los escaparates de una librería de Pisa estoy viendo cada dia dos tomos sobre la vida de Miguel Angel, escritos por Aurelio Gotti, florentino de competencia; y aunque he estado tres veces con el tirador de la puerta en la mano para entrar á comprarlos, no me he atrevido pasar adelante, porque cuestan la friolera de 16 pesetas, lo cual es, no un

sentido, como dirían nuestras mugeres, sino un cúmulo de sentidos. El tipo monetario del tomo de obras actuales, puede contarse en Italia entre 3 y 8 pesetas, según el tamaño; que es mucho para un país donde el papel y el trabajo están muy baratos. Las obras actuales versan sobre todas las ciencias, desde las exactas hasta las artísticas, y desde lo más general hasta lo más profesional. Vense trabajos sobre geología, medicina, agronomía, cerámica, pintura, estética, comercio, códigos, legislación general, historia, economía política, sociología, política, matemáticas, en fin, sobre todos los ramos, sin contar la novela y la versificación que también comprenden gran número de publicaciones. Además, los editores de estas obras publican también ediciones lujosas de los clásicos nacionales, y traducciones, en forma no menos elegante, de los clásicos extranjeros.

Yo he visto en estas distinciones editoriales un hecho interesante de la inteligencia italiana. Parece que los lectores se dividen aquí en dos partes: un gran número que quieren instruirse bien, que pueden gastar, que son los que consumen las obras económicas; y un escasísimo número, que habiendo ya formado su educación, quieren seguir ó han de seguir el movimiento de las ciencias en su país y el extranjero, y pueden gastar sumas regulares para comprar los libros que se ocupan de ello. Las obras populares se tirarán á 20 y tal vez á 30,000 ejemplares en las más importantes bibliotecas; y las otras á 500 ejemplares ó á 1000 todo lo más, debiendo sacarse de esto, derechos de autor, coste de la edición, y beneficios del librero, todo lo cual es causa de que haya de venderse el tomo á un precio exorbitante.

Me mueve pensar así, haber observado que los jóvenes que frecuentan las universidades pertenecen evidentemente á las clases más ricas, habiendo muy pocos, si es que hay alguno, que pertenezca á la pequeña burguesía ó á la operaria. Aquí no se ve lo que en nuestra tierra, donde todos los chicos que se reconocen disposición, procuran entrar en las universidades, aunque sean hijos de obreros. Por mi parte no he observado ningun tipo de estos en Pisa, sino al contrario, gente vestida riquísimamente que

gasta buenos dineros; y dudo que en las demás partes se vea otra cosa, porque Italia es demasiado pobre para que los hijos de familia humilde puedan ambicionar posiciones académicas. En Florencia visité las aulas y museos de la Academia de maestros, y ví algunos tipos en la biblioteca que me parecieron pertenecer á la pequeña clase media. Así pues, si no me equivoqué, y el hecho es general, los tipos de esta clase, que se reconocen vocacion literaria, tomarian esta humilde y penosa carrera. A mí me parece que no pueden desear, ni esperar más.

Quizá me pregunte Vd. que me parece del movimiento intelectual de los italianos. Le diré con franqueza que lo conozco poco para formar juicio. Cuanto diria habria de ser vago, y por consiguiente sin aquella precision matemática que gusto de poner con mis opiniones de crítico. Superficialmente he observado lo siguiente que es incompleto, aunque exacto.

En Italia no hay un movimiento importante en ciencias, letras, ni artes, que compita con Alemania, Francia é Inglaterra; ni se observa en ninguna de las principales ciudades un núcleo que venga á formar escuela, fuerza, ó masa intelectual. Pero hay esparramados por todo el país dos ó trescientos hombres que, sin tener un talento notable, conocen lo que se hace en otras partes, cultivan bien el ramo que les corresponde, figuran en las líneas adelantadas del progreso científico y artístico, y enseñan y escriben y pintan y diseñan con distincion y conocimiento. Daré un ejemplo. Los ingenieros italianos no figuran entre los primeros del mundo. Sin embargo, uno de ellos acaba de ganar el premio en un concurso que se ha hecho en una de las naciones más adelantadas, venciendo á dos docenas de concurrentes de todos los otros países que se habian presentado. Si estos 2 ó 300 hombres residieran en Roma, formarían como es natural un núcleo poderoso de gente distinguida en artes y ciencias que daria cierta apariencia á Italia, pero como se hallan tan diseminados, no forman ni siquiera una corriente. Lo bueno es, que cada uno se va lentamente constituyendo un pequeño círculo, que todos los años aumenta; lo cual acabará por rodear la nacion de una multitud de escuelas que la distinguirán mucho. En esto, como

en otras muchas cosas, el espíritu de campanario contraria un poco á la Italia actual, dándola una posición científica y artística muy humilde; pero favorece su porvenir, cimentándolo de un modo firme y resistente. Un dato he observado que le confirmará á Vd. todo esto. Me ha parecido que los italianos eran la nación latina que trabaja y aprende más lenguas extranjeras. En esta tierra hay muchísima gente familiarizada con el francés, el inglés y el alemán, bien que quizá sea esta lengua la que conocen más, ya por las relaciones anteriores, ya por la vecindad actual. Así, calcule Vd. el bien que esto les ha de hacer más adelante en ciencia y artes.

Aquí termino esta carta que se va haciendo demasiado larga, dejando para otro día la conclusión de mis observaciones.

LUIS CARRERAS.



FÁBULAS

(Continuacion). (1)

XIII

El Dómine y el Asno

Un asno de pundonor
Al ver de un dómine airado
Con su nombre apostrofado
A un chico holgazan,—Señor,
Díjole humilde, en rigor
El que nada aprende es rudo,
Ilústreme usted.—Lo dudo.
Contestóle aquel mohino.
Al aula asistió el pollino,
¿Mas desasnóse? No pudo.

XIV

La Mula y el Camello.

—Con bajeza, la rodilla
Al hombre doblas conforme.
Quien en cambio un peso enorme,
Sobre tí carga, y te humilla
La mula dice al camello
Para causarle sonrojo;
Y este dice sin enojo
Alzando su largo cuello:
—A prestarle igual servicio
Aun resintiéndote vienes;
Y aun más que humillarte tienes
Si á golpes te entra en juicio.

(1) Véase el número primero y siguientes.

XV

El Mosquito y el Renacuajo.

—Es usted sobre todos,
Señor renacuajo,
Los que en el agua habitan,
Rey por el canto.
—Y por lo mismo,
Sobre todo el que vuela
Lo es el mosquito.
Dice aquel orgulloso
Al torpe insecto,
Y uno y otro no dudan
Ser tal su mérito.
—Así se engrían
Con sus mútuos elogios
Los más ruines.

XVI

El Mono y el Gilguero.

Cierto mono de un hábil violinista
Ansiaba convertirse,
Hallándose este ausente, con su arco
En nuevo Paganini.
Logrando la ocasión de apoderarse
El debutante humilde
Del sonoro instrumento, audaz produjo
Discordancias horribles.
—Pues no tan mal manejo, se decía,
Este mueble difícil:
Con dos veces no más que en él me ensaye,
Soy un génio ¡sublime.
—¡Calle! exclama un canoro gilguerillo
A quien asorda el simple.
¡Que es músico se piensa el majadero,
Y estremece el oírle!
Corrido el mono murmuró entre dientes:
—Que tal sea es posible;

Pero me agrada más lo que yo loco
 En tan bonito chisme
 Que cuantas notas desacordes hace
 Mi amo que en él vibren.

—Así muchos, juzgándose lo mismo,
 Sus méritos conciben.

XVII

La Fuente y el Arroyuelo.

Un arroyuelo mezquino
 Que se arrastra con desidia,
 El blando murmullo envidia
 De un manantial cristalino.

—¡No mueve poca algarazara
 El vanidoso, á fé mia!
 Dice el ruin, ¡Mas valia
 Que mi modestia imitara!

—Cuando alguna cualidad
 Que te falta, en otro adviertas,
 Jamás en virtud conviertas
 Lo que en tí es necesidad.

XVIII

El Sauce y las Flores.

—¿Porqué de ese modo inclina
 El sauce su mustia rama?
 Preguntó una clavellina
 A una rosa, su vecina,
 De gran saber, segun fama.

Su tristeza y desconsuelo
 Muestra doblando la frente
 Sobre el tranquilo riachuelo,
 Y gime, del aura al vuelo,
 Melancólica y doliente.

¿Porqué asi se manifiesta
 Con un pesar tan profundo?
 —Porqué á la muerte asi presta
 Su triste sombra en el mundo.
 La bella flor le contesta.

Con nosotras se engalana
 La que de hermosa presume,
 Y á quien damos, tierna hermana
 Por gratitud el perfume
 Que nuestro cáliz emana.

Mas el sáuce macilento
 Orna y vela del finado
 El marmóreo monumento:
 Del que llora un deudo amado
 Repite el fatal lamento.

—¡Infeliz! dijo la flor
 Condolida de su suerte.
 Galas somos del amor,
 Y él emblema del dolor;
 Triste adorno de la muerte.

Oyóla el sáuce, y meciendo
 Sus ramas agradecido,
 Contestó con un gemido
 Que sus penas fué diciendo
 Por el céfiro esparcido.

—Quien gozando en su ventura
 Del que sufre, la amargura
 Nunca vé ni compadece,
 La repulsion, la censura
 De nobles pechos merece.

XIX

El Mono.

La imitacion es el flaco
 Del mono. Robó á su dueño
 Uno, un sorbo no pequeño
 De su caja de tabaco.

Bien sintió su necesidad
 Gritando á estornudos loco:
 —¡Tal ruido por tan poco!
 ¡Maldita curiosidad!

ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.

(Se continuará).



CRÓNICA CIENTÍFICA

La *Academia Médico-Farmacéutica de Barcelona*, despues de unos debates animadísimos, terminados en la última quincena, en que tomaron parte todas las notabilidades médicas é higiènicas de esta ciudad, acerca la palpitante cuestion de cementerios, se ha decidido, segun tenemos entendido, por la incineracion de los cadáveres, como el mejor sistema aceptable bajo todos los puntos de vista que ofrece la ciencia.

Es muy plausible que las Corporaciones científicas emitan y hagan público su parecer sobre este punto de tanta importancia higiènica, á fin de que una pronta resolucion legislativa, haga salirnos de la confusion en que vivimos acerca el mejor destino que debe darse á los restos de la materia humana, y se acaben de una vez para siempre esos interminables incidentes sobre entierros civiles y eclesiásticos, y sobre admision ó no admision en los cementerios actuales de los que en vida no fueron católicos ó no pertenecieron á religion alguna.

Tenemos una verdadera satisfaccion en participar á nuestros lectores el sobre dicho acuerdo de la ilustrada Academia Médico-Farmacéutica, tan conforme con las exigencias de la época progresiva que atravesamos.

En el *Ateneo Barcelonés*, y sobre el mismo tema antedicho de la incineracion bajo el punto de vista médico-higiénico, dió su primera conferencia el Dr. D. Salvador Badia el dia 28 de Diciembre último.

Dicho señor defendió la incineracion de los cadáveres bajo el aspecto de la pública salubridad, se estendió en consideraciones sobre los precedentes históricos, y contestó á las objeciones que algunos presentan al sistema, haciendo resaltar especialmente que no se oponia esta práctica á los principios religiosos, antes bien parece que alguno no deja de serle algun tanto favorable. Indicó al terminar que si bien tenia el inconveniente de borrar las huellas en caso de envenenamiento y facilitar la impunidad del delito, en cambio

reunia otras ventajas que recomendaban la cremacion y exigian su inmediato planteamiento, en nombre de la higiene y de los progresos de la ciencia. Aplaudimos al ilustrado Doctor por el celo que despliega y por las ideas que con tanta brillantéz sostiene, y le felicitamos cordialmente por haberlas vertido en el seno de aquella corporacion científica y literaria, tan distinta por cierto de su acreditada hermana de Madrid.

Además de la Institucion libre de Enseñanza establecida en Madrid, de que nos ocupamos de nuestro número anterior, debemos dar cuenta á nuestros lectores de otras instituciones análogas que, aunque mucho mas modestas, tienen tambien por objeto en su esfera de accion prescindir de toda traba para el desenvolvimiento científico, literario y artístico de los conocimientos humanos, en competencia con los establecimientos de carácter oficial sometidos á restricciones que lo limitan.

—La *Academia de San Fernando*, fundada hace años con éxito brillante bajo la base de la libertad mas ámplia en la enseñanza elemental y superior, y en la preparatoria para el bachillerato en artes y las carreras y profesiones de Notario, Agrimensor, Maestro, Procurador causídico, Veterinario etc. etc., ha desarrollado completamente el plan que presidió á dicha fundacion, estendiendo la enseñanza á diversos ramos de las ciencias naturales, exactas y morales, y de agricultura, industria y comercio. por todos los sistemas conocidos, incluso el moderno de pliegos antografiados, correspondencia, boletines y consulta de delegado; todo con fines visiblemente provechosos para los jóvenes que se sienten llamados al ejercicio de aquellas carreras y profesiones.

—La *Academia Artística Barcelonesa*, que así mismo funciona hace tiempo en esta capital bajo la base de la libertad amplia sobre mencionada, está llamando especialmente la atencion por sus clases de dibujo y pintura, correspondientes al *Centro artístico* de la misma, donde se congregan para el estudio del natural casi todos los profesores y aficionados mas notables de esta ciudad, pertenecientes á la escuela realista, á esta escuela contrapuesta á la idealista ecléctica, fundada sobre aquellas antiguas prácticas rutinarias ó reglas académicas, que fueron para el malogrado Fortuny la eterna pesadilla de toda su vida, y á cuyo solo recuerdo rasgaba cuadros acabados de sus bellísimas inspiraciones.

Esta Academia, dado el criterio de libertad que la anima, está llamada á figurar entre las de primera línea en el arte pictórico español.

—La *Academia de Enseñanza libre*, que hace pocos meses se ha abierto igualmente en esta ciudad, indica por su solo título el método independiente que también emplea para la propagación de los conocimientos fundamentales de la ciencia. Son objeto de esta Academia, la primera enseñanza elemental, superior y normal, la de diversas asignaturas de medicina, derecho y peritaje mercantil; la preparatoria para carreras especiales así militares como civiles, para secretariados judiciales y de ayuntamientos, para el bachillerato en artes, para la facultad de ciencias etc., etc.—El mejor elogio de esta Institución libre, es la reputación que ha sabido conquistarse en el corto tiempo que cuenta de existencia, merced á las recomendables condiciones de su enseñanza y del reputado cuerpo de profesores á quienes está confiada.

—Por último, tenemos noticia de que los testamentarios del opulento libre pensador de Arenys de Mar, que acaba de legar medio millón de reales para fundar en aquella villa una *Institución libre de Enseñanza laica*, están ocupándose con gran celo en la realización de tan piadosa memoria á la libertad de la conciencia humana.

En Alma, ciudad situada á 9 kilómetros Norte de Safed, Oeste del lago Houlé (Alta Galilea), se ha encontrado una inscripción hebrea, merced á los esfuerzos del erudito Victor Guerin. Esta inscripción reproduce letra por letra una gran parte de la inscripción de Kefr-Bereim, que publicó Mr. Ernesto Renan en el *Journal Asiatique*, número de Diciembre de 1864; y se ha encontrado en el umbral de la Sinagoga de dicha ciudad, echándose de ver por los caracteres (según opinan entendidos orientalistas), que aquel monumento es del siglo III ó IV, de nuestra era.

M. Balbiani ha estudiado la manera de combatir la reproducción del phylloxera, y contra la vitalidad de los gérmenes ha usado en vano los sulfo carbonatos alcalinos, sulfuros de carbon, los productos empireumáticos, y después de muchos ensayos, ha coronado sus esfuerzos el aceite de Brea, que asegura haberle dado el éxito más satisfactorio.

M. P. Boiteau dice que el insecticida; deberá emplearse exteriormente pegándolo á manera de pintura, é interiormente en contacto con las raíces. Según P. Boiteau debe emplearse agua caliente dos partes, carbonato de sosa una parte y tres de aceite de Brea.

P. ESTASÉN.



CARTAS MATRITENSES

SUMARIO

Teatros.--Proyecto de un reglamento artístico-teatral.--Las Córtes á vista de pájaro. --Las listas electorales.--Academia de Ciencias Morales y Políticas.--Elecciones de cargos en el Ateneo.--Sociedad de cuartetos.--Libros nuevos.

Tan largo ha sido el catálogo de obras estrenadas desde mi última carta en los coliseos de esta villa, como escaso en obras de verdadero mérito. El Sr. Blasco, el fecundo proveedor de los *bufos*, el antiguo demócrata y hoy aristocrático escritor, ha dado al teatro Español una comedia en 3 actos titulada *Hablemos claro*, llena de gracias, desgracias y chistes escandalosos. El público, parodiando el título de la comedia, le mostró su desvio de una manera tan clara, que la obra nació y murió en la misma noche. «¡Castigo justo á su bufonería!»

Los grandes títulos, del Sr. Echevarria, estrenada en el mismo coliseo, apesar de la falta de novedad de su argumento, obtuvo un éxito favorable, distinguiéndose en su ejecucion las Stas. Boldun y Contreras y los Sres. Vico, Cepillo y Oltra.

Con el título de *Madamas y lechuguinos*, el Sr. Puente y Brañas ha dado á la escena del teatro de la Comedia, un juguete falto de colorido, de verdad histórica y de verdadera gracia, que si logra sostenerse algunas noches, es porque la época de su estreno le ha favorecido con un público por demás indulgente.

Novedades, nos ha dado una notable traduccion de la tragedia *Norma*, hecha con gran conciencia por los Sres. Diaz Coreña y Bonafós, que ha presentado ancho campo á la Sra. Civili para lucir sus grandes facultades, que han brillado igualmente en los tiernos y dulcísimos afectos de la pasion, como en los graves y duros arranques de los celos. La sacerdotisa druida, ha encontrado en la señora Civili su mas digna intérprete. La Sra. Lombardia en su papel de Ena, y los Sres. Pálau, Mela y Montenegro, han ayudado poderosamente al notable conjunto de la obra, que cada noche obtiene mayores y mas justos aplausos.

*
* *

Con asistencia de los Sres. Catalina (D. Manuel), Plá, Hernando (D. Rafael), y Prodanza, se reunió en el *Casino de la Prensa* la Comisión de la Asociación de Escritores y Artistas, que ha de dar dictámen sobre un proyecto de *Reglamento artístico-teatral*, redactado por D. Carlos Arroyo, siendo elegido Presidente el Sr. Catalina y Secretario el Sr. Prodanza.

En la junta general que ayer celebró dicho Círculo, fueron aprobadas por unanimidad las bases del contrato para la instalación del Casino, y dado un voto de gracias á la Junta organizadora por su actividad.

El domingo próximo se discutirá el reglamento y se procederá al nombramiento de la Junta de Gobierno y demás comisiones.

*
* *

El Sr. Moyano, que es uno de los pocos hombres políticos que ejercen el cargo de diputado á toda conciencia, sometió el otro día á la consideración del Congreso en particular y del país en general, una cuestión importantísima; la de que hay deudores al Estado,—por cual causa se hallan incapacitados para representar al país,—cuyo nombre y apellido, es perfectamente igual á alguno de los señores que se sientan en los bancos de los diputados.—*Algunos señores.*—Que se lean.—No se molesten S. S.—replicó el diputado castellano, porque la cosa no tiene todavía estado; su día llegará.

Como la denuncia había sido hecha tan clara y terminantemente, el Sr. Presidente de la Cámara, apesar de lo dicho por el Sr. Ministro de Hacienda, quien, *sin oponerse* á que las listas se publicáran, creía, que si un día pudieron ser verdaderas hoy quizás nó.... ¡este quizás no tiene precio!.. ordenó la publicación de dichas listas, á fin de dejar á salvo la delicadeza de todos los señores diputados.

Después de este *ligero* incidente, paso á ocuparme de una de las más importantes sesiones que ha celebrado la Cámara, no me atrevo á decir baja, no sea que se ofenda algún ministerial; tampoco me atrevo á llamarla *popular*, porque el pueblo no se dé por ofendido; llamémosle Congreso; sí, esto es lo mejor.

Empezó el Sr. Goneche, diputado *centralista*, denunciando el suceso de haberse destituido varios Ayuntamientos en el distrito de Tarancón, en pleno período electoral; á lo que el Sr. Ministro de la Gobernación replicó que lo habían sido en virtud del oportuno expediente justificativo... y el que quiera saber más que vaya á Salamanca, como decían los antiguos.

El Sr. Leon y Castillo, que más que orador es un tribuno, se levantó á usar de la palabra para alusiones personales, al final de las cuales pronunció estas gravísimas frases:

«Todo gobierno que como el actual cometa infracciones constitucionales, debe ser destituido aun que se esconda detras de una votacion parlamentaria; y el monarca tiene el derecho y hasta el deber de destituirle.»

El Sr. Cánovas.—El deber no.

El Sr. Leon y Castillo.—¿Porqué combatió el Sr. Cánovas al señor Gonzalez Bravo que contaba con una gran mayoria? El gobierno por el camino que lleva convertirá el banco azul en trono.....

El Sr. Romero Ortiz se levantó á consumir el tercer turno en contra del proyecto de ley de garantias constitucionales; defendió la constitucion de 1869 en contra de la actual; dijo que el silencio del Sr. Pidal probaba que el gobierno iba derecho á la reaccion; aseguró que restablecer asi las garantias es burlarse del parlamento, de la constitucion y del país; añadió que si al formarse el Senado se crea una mayoria vitalicia que sirva de barrera insuperable á las ideas liberales, antes de que esto suceda ¡volved la vista al pasado y medita!.. (*Sensacion*)—añadió, que esta dictadura innecesaria debe concluir, que el gobierno se ha divorciado de la opinion del país, y es un constante peligro para la libertad, las instituciones y la pátria; que si quiere gobernar arbitrariamente no reuna Cortes y luche con todos los partidos hasta vencer ó morir; y terminó recordando aquellas celebres frases de Lamartine: *Estais sobre ruinas aun calientes y no creeis en la existencia de los volcanes.*

El Sr. Ministro de Estado se levantó, no para contestar al discurso del Sr. Romero Ortiz, que esto no era cosa fácil, sino para condenar la palabra *retraimiento*; y decir, que el gobierno no le provoca, pero no le teme; y que si se trata de apelar á procedimientos de fuerza y violencia, el gobierno los rechazará con la violencia y la fuerza....

*
* *

Con efecto, dada la maravillosa veracidad (!) con que han sido confeccionadas las nuevas listas electorales no seria justo ni estaria en su lugar el retraimiento: solo en las de Madrid aparecen los nombres de 4,000 muertos, los cuales teme mucho *El Constitucional*, que, nuevos Lázaros, resuciten aunque no sea mas que para cumplir ese acto de ministerialismo, sin pasarse siquiera por la casa en que habitaron, ni enviar una mala targeta á sus amigos, tornando de nuevo á ocupar su correspondiente nicho en el Cementerio de que procedian.

*
* *

Ayer tarde celebró Junta pública la Academia de Ciencias Morales y Políticas, para la distribucion de premios en memoria de su

fundacion. El académico de número y secretario interino Sr. D. Fernando Alvarez, leyó el resúmen de las actas de la Corporacion y el Sr. D. Manuel Alonso Martinez, un discurso acerca del movimiento de las ideas religiosas en Europa, exposicion y crítica del sistema krausista. El acto estuvo sumamente concurrido.

* * *

En el Ateneo Científico y literario han sido elejidos; Presidente, el Sr. Moreno Nieto: Consiliador segundo, D. Justo Pelayo Cuesta: Bibliotecario, D. Enrique Rougel; Secretario segundo, D. Francisco Arrillaga; y Depositario, el Marqués de Torre Octavio.

* * *

En la 4.^a Sesion de la *Sociedad de cuartetos*, el cuarteto en *mi menor* de Verdi, no obtuvo el éxito que los aficionados á la música del celebre maestro esperaban, apesar de la esmeradísima ejecucion que alcanzó. El *adagio* de la sonata en *do menor* de Beethoevn, y el andante del cuarteto en *re* de Mozart, se repitieron entre grandes y merecidos aplausos. Los Sres. Monasterio, Guelbenzu, Mirecki y Perez estuvieron á la altura de su justa reputacion.

* * *

Entre los libros que merecen especial mencion, figuran en esta quincena, por su reconocida utilidad, El *Indispensable á los enfermos*, almanaque médico-farmacéutico, lleno de interesantes artículos sobre higiene, remedios, curiosidades útiles y recetas; las Agendas de *Bufete, Médica*, y de *Bolsillo*, y otras sumamente notables, publicadas por la casa de Bailly-Bailliere, Plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

Tambien el último tomo de la *Jurisprudencia popular*, del conocido abogado Sr. Lastres, que comprende *la patria postestad*, es por demás interesante.

Con el título *De la poesia heroico-popular Castellana*, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas ha publicado un estudio bibliográfico de una obra del Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, dedicada á investigaciones eruditas sobre dicho tema, digno por todos conceptos del gran favor que el público le ha otorgado.

E. RODRIGUEZ—SOLIS.

2 de Enero de 1877.